

cipio de la Reforma á esta parte, tenemos el testimonio de los mismos protestantes; cuyos ataques á la práctica de las romerías devotas, supone su existencia, mal que les pese á los que las combaten. Porque á los protestantes les sucede lo que á los judíos: éstos no pueden negar el Cristianismo sin desgarrar sus mismos sagrados libros; y aquellos no pueden atacar las instituciones católicas, sin borrar la historia de la Iglesia de que locamente se desgarraron.

Pero antes de pasar á otro capítulo haremos observar un hecho que habla muy alto en favor de la práctica cuya perpetuidad hemos venido mostrando. Hace muchos siglos que varias comunidades cristianas se separaron de la Iglesia católica formando comuniones é iglesias cismáticas en seguimiento de los errores de Nestorio, de Eutiques, de Focio, fraccionándose luego en varias otras formas de los errores de sus patriarcas; como la iglesia griega que se dice *ortodoxa*, y la rusa, separada de la griega desde el reinado de Pedro I. Y sin embargo, en todas esas comuniones se encuentra vigente, como antes de su escision, la práctica de las romerías religiosas.

Los griegos del antiguo patriarcado de Constantinopla, acostumbran la peregrinacion al monasterio de Santa Catalina de Alejandría, mártir cuyas reliquias se conservan en el monte Sinaí. La Iglesia rusa envía tambien sus peregrinos al mismo lugar; y tiene además dentro de los límites del vasto imperio del Autócrata, otros lugares de devocion que frecuenta: tales son los monasterios de las islas de Konivetz y Valaam en el lago Ladoga; el monasterio de Troitza (la Trinidad) cerca de Moscou; el monasterio de Devitscheipol y otros muchos en todos los cuales se veneran reliquias ó imágenes de santos del martirologio moscovita. Cuando los portugueses fundaron por el año 1,510 sus establecimientos coloniales en la India, se encontraron con los *Cristianos de Santo Tomás*; llamados así, porque se decian evangelizados por este Santo Apóstol, pero que profesaban el nestorianismo, y estaban separados de la Iglesia Católica hacia como unos mil años. Y á pesar de eso, entre ellos se encontró que los que habitaban las montañas del Malabar, venian de más de doscientas leguas en devota peregrinacion, á visitar una iglesia que llamaban de Nuestra Señora, edificada en la cima del Monte Grande. (Henrion. Hist. general de las Misiones.)

Pero no necesitamos investigar sobre las devociones locales de cada una de esas comuniones cismáticas; basta encontrar-

las reunidas en un mismo sitio; al pié del mismo altar y con idéntico objeto, como efectivamente se les encuentra en Jerusalem, en el templo de la Resurreccion al pié del Santo Sepulcro, y practicando un acto de culto comun. Allí, al lado de la comunion latina ó romana, y de la griega, armenia y demás unidas a ella, se encuentran representadas la griega oriental que se arroga el título de *ortodoxa*; la griega ortodoxo-rusa; la griega ortodoxo-helénica; la armenia, la siria, la etiópica y la copta. Todas tienen allí su lugar de culto particular, y el del culto comun en el Santo Sepulcro: todas están en la Ciudad Santa representando á los fieles de sus ritos respectivos, y hospedando á los peregrinos de su comunion.

Sólo el protestantismo no va á humillar su frente adorando el sepulcro del Primogénito entre los muertos: sólo él no tiene que esperar peregrinos á quienes hospedar. Es verdad que de algunos años á esta parte existe en Jerusalem un Obispo protestante; pero su mision se limita á repartir Biblias adulteradas entre los peregrinos, los árabes y los cristianos residentes en el país: la mision de siempre, no evangelizar, no orar, no practicar buenas obras, sino corromper. El protestantismo en esto es muy consecuente con su principio: cuando ha avanzado hasta negar la divinidad de Jesucristo ¿qué le importa el Sepulcro del Señor Jesus?

Hemos hecho lo que nos era posible por desempeñar el enunciado que pusimos á la cabeza de esta seccion; esto es, presentar la práctica de las peregrinaciones religiosas como un hecho constante y universal en la historia del Cristianismo.

CAPITULO IX.

INFLUENCIA RELIGIOSA Y MORAL DE LAS PEREGRINACIONES CRISTIANAS.

Quando nos proponemos tratar de la materia enunciada, damos por supuesta esa santa práctica, llevada á cabo con espíritu verdaderamente cristiano. Cuál sea éste lo hemos dicho ya, y lo repetimos: no es el hecho material de la peregrinacion; no es la presencia en un lugar dado, por más santo que

se le suponga, lo que hace lucrar el mérito de la buena obra; sino el espíritu recto, la intencion religiosa y la ejecucion honesta que acompaña á la misma obra.

Que la peregrinacion hecha con tales disposiciones tiene una eficacia moralizadora y santificante, es indudable. El que comienza por prepararse debidamente para emprender la buena obra, que luego ejecuta ordenadamente, ya tiene aprovechado ese tiempo en el sentido del bien, y le será abonado en el libro de la vida. Esta misma preparacion piadosa le predispone para recibir en el lugar bendito aquellas santas impresiones que sólo se reciben en la presencia de Dios, y en el acto de ese comercio íntimo entre el alma necesitada y su Creador infinitamente misericordioso. Las impresiones que se reciben á la vista de un lugar santificado por las manifestaciones prodigiosas de la Omnipotencia y bondad divina; ó á presencia de los restos venerables de un mártir de Cristo; ó ante la imágen de un Bienaventurado, cuya intercesion, implorada en aquel lugar, Dios ha manifestado que le es grata: esas impresiones, decimos, son de aquellas que dejan huellas imborrables en el corazon humano y que son fecundas en el curso de toda una vida. Y cuando ellas se reciben en medio de ejercicios de mortificacion y penitencia, se imprimen tan hondamente como se graban siempre los dolores humanos, para no borrarse jamás. Los estragos del cruel dolor, del amargo pesar, son para el alma, como los del torrente lanzado por la tempestad sobre la tierra: el torrente habrá pasado, pero el cauce que con su impulso se abrió, no se cerrará jamás.

La conciencia universal que se tiene de estas verdades prácticas, explica la veneracion religiosa que en otro tiempo se tenia á los peregrinos que llevaban sus oraciones, sus lágrimas y su arrepentimiento á lejanas tierras. Se les despedia con respeto y con amor; se llenaban sus alforjas con los donecillos de la piedad; se les recargaba la memoria con encomiendas devotas, y toda mano cristiana se levantaba para bendecir sus primeros pasos. Era que se les consideraba, desde el momento de su partida, como víctimas votadas al altar de la expiacion, como humildes portadores de los votos de sus hermanos; como una semejanza de la antigua víctima emisaria, que partia al desierto llevando sobre su cabeza los pecados de todo un pueblo. A su regreso, el peregrino era recibido con devoto alborozo; se le consideraba como persona santificada por las obras de penitencia que debió llevar á cabo en su laboriosa excur-

sion; se oian sus relatos como solemos escuchar, en el fondo de nuestras almas, esos acentos que sin saberse de dónde vienen, nos revelan misterios de otro mundo; mundo de prodigios que nos pasman, de recuerdos que nos arrancan lágrimas, de esperanzas que nos hacen suspirar. Ese peregrino quedaba consagrado para siempre en el concepto de su pueblo; porque su pueblo consideraba con razon, que el hombre que ha arrojado todos los azares de una peregrinacion larga y trabajosa, por ir á estrecharse con Dios en los lugares en que mas ha ostentado sus glorias, no podia ménos de conservar en sí perpetuamente algo de la virtud santificante en cuya busca habia ido á lugares terriblemente santos.

Una pluma protestante escribia que "no se entra nunca en las iglesias católicas, sin experimentar una emociou que produce en el alma un bien muy grande, y le dá como por una ablucion santa, fuerza y pureza." Y si así sentia Mad. Stäel, que acaso nunca visitó un templo católico más que con la curiosidad del viajero, ¿qué impresiones recibirá un verdadero peregrino cristiano, que por devocion ó por penitencia, recorre más ó ménos leguas, arrostra mayores ó menores penalidades por adorar á Dios, no en el templo que al paso se le ofrece, sino en santuarios como el del Santo Sepulero en Jerusalem, el de S. Pedro en Roma, el de Santiago en Compostela, el de la Santa Casa en Loreto, y el de la Virgen de Guadalupe en el Tepeyac? ¿Qué cristiano fervoroso no habrá sentido en esos Santuarios caer sobre su cabeza esa *ablucion santa* que purifica y fortifica, segun la expresion de la escritura viajera?

El Cisne del Sena, al describir sus impresiones en el momento en que descubrió el término de su peregrinacion, la Santa Salem, exclama: "Aun que viviese mil años nunca olvidaria aquel desierto que parece que respira aún la grandeza de Jehovah y los terrores de la muerte." (Itinerario.) Otro peregrino contemporáneo, bañadas en llanto sus mejillas, al divisar á Jerusalem, en una especie de piadoso delirio, la saluda con estas palabras de S. Bernardo: "Yo te saludo, Santa Ciudad, tabernáculo que el Altísimo santificó para salvar en tí y por tí al linaje humano. Yo te saludo, Ciudad del gran Rey, donde casi sin interrupcion, desde el principio del mundo se han obrado milagros sobre milagros. Yo te saludo, señora de las naciones, reina de las provincias, posesion de los Patriarcas, maestra de la fe, gloria del pueblo cristiano... Cosas gloriosas se han dicho de tí, Ciudad de Dios." (Mislim.) Otro

peregrino de los últimos años, después de hablar de su primera ojeada sobre Jerusalem, y su entrada en ella, continúa así: "Instantes después prosternábame enajenado, presa el corazón de angustia acerba é inefable dicha, ante el Sepulcro de Cristo, ante el Calvario, ante la piedra de la Uncion; y reclinaba mi frente enardecida sobre los frios mármoles que cubren estas rocas, consagradas por los sacrosantos y augustos misterios de la muerte de Jesús y redención del mundo. No sé lo que sentí en éxtasis tan supremo. . . Absorto, alejado de toda terrenal idea, embebecido en celestiales místicos deleites de la eterna mansion, por *su Supplicio* abierta al hombre, oré con fervor insólito; y sellé con mis labios, y regué con mis lágrimas los lugares benditos regados por la sangre del Dios-Hombre." (Perez Reoyo.) Un peregrino más, ilustre conterráneo nuestro, con su alma de católico, su corazón de joven y su pluma de poeta, pintó así sus impresiones, al descubrir de lejos á la profética Solima: "Nada es comparable á la emoción de que me sentí agitado en aquel momento. Se me figuraba hallarme delante de una ciudad suspendida en los aires, elevada sobre la superficie del suelo, entre el mundo de los hombres y el de Dios. Eché pié á tierra, y de rodillas, con el semblante vuelto á Jerusalem, palpitante el corazón y la mente inflamada, dije el *Credo*. Nada encontré en mi alma más elocuente que aquella oración para saludar á la Ciudad Santa. Allí, en presencia del lugar que fué teatro de la redención del mundo, murmuraba el símbolo de la fé cristiana, me confesaba creyente con vehemencia, y con la confesión de cuanto Jesucristo enseñó, en el corazón, me disponía á hollar el suelo que Él dejó regado con su sangre. Momento sublime en que experimenté el amor de Dios por Dios, me olvidé de mí mismo, y ardiendo en entusiasmo cristiano, sentí que á mi corazón bajaba un rayo de luz del sol que alumbra la eternidad. Monté de nuevo á caballo, y á todo galope me dirigí á Jerusalem, pareciéndome tardaba demasiado el momento en que había de entrar por sus puertas. Mis ojos estaban fijos en la ciudad, mi corazón latía velozmente, y con voces del alma repetía con mi pensamiento este cántico: *Me he alegrado con esto que se me ha dicho: iremos á la Casa del Señor. ¡Oh Jerusalem! nosotros estableceremos nuestras moradas en tus átrios.* (López Portillo y Rojas.)

Esos mismos sentimientos tan tiernos, esas emociones tan graves y profundas expresadas tan bellamente por los sábios

y los poetas, al divisar las murallas de la Ciudad de David, son los mismos que experimenta todo peregrino cristiano que busca á Dios con buena fé é implora con humildad su misericordia en un lugar santo. El labriego español que visita á Compostela; el lazarone napolitano que peregrina á Loreto; el indio mexicano que, transido de hambre y á pié descalzo, llega anheloso al templo del Tepeyac, todos llevan en el pecho un corazón cristiano; y todo corazón cristiano lleva en sí mismo la poesía de la religión con las formas de la naturaleza, reflejando las luces de la fé: poesía que, sin las trabas ni el amaneramiento del arte, es capaz del lirismo con que suspiran y se exhalan las nobles pasiones. Es la poesía del dolor, del pesar, de los infortunios largos, que ocultando su brillo con luctuoso crespon, se hace más interesante por el misterio en que se envuelve: es el canto de Cimodocea en vísperas de su martirio: "¿Por qué cuando quiero cantar como la alondra, lloro como la flauta consagrada á los sepulcros?"

Y bien: si tales deben ser los sentimientos del peregrino cristiano, al alcanzar el objeto santo en cuya persecución le lanzó su necesidad, su arrepentimiento ó su devoción, nos atrevemos á afirmar que ellos vinculan influencia y ascendiente sobre toda una vida: que ellos depositan en el corazón del fiel un gérmen de bien que, con el auxilio de la gracia, será de inagotable fecundidad; que ellos abren un manantial perenne cuyas aguas saltarán hasta la vida eterna.

Una pluma cristiana, que nos es muy querida, escribía lo siguiente: "Experimentase cierta impresión edificante cuando al salir de la Casa de Dios se descubren los esplendores de la creación: es un comentario de la oración apenas terminada; y el alma purificada se halla entonces en la disposición más feliz para recibir aquellas impresiones llenas de consuelo y esperanza." Pues bien: ese enlace que á Maximiliano, emperador de México, se había hecho sensible entre el templo de alma adquirido en la fragua de la oración bajo las bóvedas del Santuario, y la aprehensión de las cosas del mundo exterior, es el mismo que se hace sentir entre todo acto religioso cristiano y la vida que le sigue: la oración antecedente endereza la acción subsiguiente; de manera que ésta se convierte en el comentario de aquella, en su desarrollo y ampliación. Y así, el prolongado hábito de una oración continua, afectuosa, dolorosa, tal vez, que se sostiene durante una larga peregrinación, imprime su sello aún en el continente exterior del individuo, que se ha-

ce ostensible en acciones graves, edificantes y de larga trascendencia. Esto explica por qué muchos peregrinos al volver á su patria despues de una dilatada excursion, iban á terminar sus dias en las oscuridades de un claustro, á ocultar su arrepentimiento en las soledades de una selva, ó á emplear el resto de su vida en obras tales que fueran la difusion del fuego de la caridad que habian atesorado en su alma. Eso explica el espíritu con que en algunas partes fueron erigidos Cementerios cuyo suelo se formaba con tierra acarreada por los peregrinos del Campo del Alfarero, ó del Valle de Josafat. Se queria dormir el sueño largo bajo la tierra que hubiera bebido tantas lágrimas; en que se hubieran recogido tantos consuelos; en que se hubiera afianzado la esperanza de la eternidad. . . . Se queria que la vida y la muerte fueran el *comentario* de la plegaria del peregrino.

No es necesario esfuerzo de imaginacion para concebir los santos propósitos y las obras buenas á que tales sentimientos darian lugar. Entre los nombres de peregrinos ilustres de todos los siglos que la Historia nos ha conservado, figuran muchos que de regreso á sus hogares edificaron templos, fundaron monasterios, dotaron hospicios y hospitales y ejercieron multitud de obras de misericordia y caridad. Esas obras, grandiosas, como fueron ilustres los que las acometieron, hacen formar juicio sobre el número incalculable de obras santas que han debido llevar á cabo tantos millones de peregrinos pobres, cuyos nombres sólo han encontrado lugar en los registros del cielo. Porque las obras buenas de los humildes no son avaloradas por lo que representan en la humana estimacion, sino por la buena voluntad que las produce: son el óbolo de la viuda, que de su misma pobreza dió lo que tenia, y necesitaba para su sustento. Y si un peregrino mendicante, en resultado de la devota excursion no realiza más que la reforma de su vida y costumbres, edificando su alma, hace una obra más grande que la edificacion de un templo, y la fundacion de un monasterio y la ereccion de un hospital.

Y ese solo hecho de la santificacion individual, puede ser causa de la santificacion de muchos; porque no hay apostolado tan eficaz como el del ejemplo. La virtud cristiana despidiendo de sí misma un perfume que, embalsamando la atmósfera del individuo virtuoso, entona y vivifica á todos los que la respiran. La virtud del cristiano, fecundada por la gracia divina, tiene una fuerza de expansion que la hace invadirlo y con-

quistarlo todo: á diferencia de la decantada virtud del antiguo estóico que, careciendo del espíritu de vida que sólo da la gracia, y henchida de presuncion y orgullo, más bien que atractiva, era repulsiva y chocante.

El que haya pensado alguna vez en lo que ha valido ante Dios y á favor del mundo la sangre de doce millones de mártires, con que ha sido amasado el cemento del edificio cristiano, se habrá quedado abismado sin poder penetrar en el fondo de ese Océano de caridad, ni dominar esa inmensurable montaña de fé. Cosa semejante nos sucede, cuando meditamos en lo que hayan pesado en la balanza de la religion y de la moralidad cristiana las penalidades, las plegarias, las lágrimas y los santos propósitos de tantos millones de peregrinos que han encaminado sus pasos por las sendas de la devocion y de la penitencia. Y aun más difícil de ponderar encontramos la importancia general que hayan tenido en el mundo esos millones de santificaciones individuales. Pero esto nos conduce á tratar la materia bajo otra relacion.

CAPITULO X.

INFLUENCIA SOCIAL DE LAS PEREGRINACIONES CRISTIANAS.

Establecido ya que la práctica de las peregrinaciones es un medio de santificacion individual; y siendo cierto, como lo es, que la virtud cristiana en el individuo, tiende por su propia naturaleza á trasformarse en virtud edificante de los demás, no tendríamos necesidad mas que de un racionio muy breve para deducir como consecuencia incuestionable la verdad del enunciado de este capítulo. Pero creemos conveniente dar más desarrollo á las ideas, cuya ampliacion comprenderá razones y hechos.

Sucede con frecuencia que bajo el nombre de *Religion* sólo se concibe el conjunto de obligaciones del hombre individual para con Dios. Concepcion incompleta, y de la cual, proce-